



Germán Ruiz Silva



La Priosta

Calculo que fue alrededor de 1929. Hace 70 años. En su casa de Tasco, mamá Luca comprendió que lo último que quedaba para salvar el niño Huguito, quien no lograba salir de una fuerte e inidentificable enfermedad, eran los poderes divinos. Ni sus sopas ni sus agüitas, ni sus postres, ni sus ungüentos, ni sus sobijos habían logrado cosa alguna. Solo quedaba la Virgen del Carmen. Nada más.

Papá Juanito cogió a los niños mayores de la mano y los cuatro se fueron para la iglesia: él, Juanchito, Jorgito y Luís Gabrielito, arrodillados en la penumbra silenciosa y solitaria de la nave central, en aquel atardecer lluvioso, las manos suplicantes, los ojos llorosos, el pensamiento puesto en la camita del enfermo y en sus hermanos menores, Carlitos Hernán y Carmencita, que venían ya del futuro a acompañarlo, vieron cómo la Virgen Patrona escuchaba atenta su súplica: “Virgencita del Carmen, dijo papá Juanito, salve a mi muchachito, que Lucrecia y yo nos encargamos de celebrarle su fiesta todos los años”. Al día siguiente el milagro estaba hecho. La casa se despertó con el ruido de alguien que clavaba puntillas en alguna parte mientras se pa-



saba como dulzaina un puntillón por la boca, llamando repetitivamente “mamaaaa Luuuuuuca”. Huguito estaba otra vez en funcionamiento, como si nada, y la promesa tocaba cumplirla.

La familia comunicó su oferta al párroco y este anunció desde el púlpito en la Misa de mediodía del domingo siguiente, con la Iglesia llena, que la señora Lucrecia Márquez de Mojica quedaba nombrada PRIOSTA para la celebración de la fiesta de la Virgen del Carmen. Desde ese momento y hasta la consumación de los siglos de los siglos, amén. El alcalde promulgó un edicto municipal de acatamiento al anuncio, que se leyó a viva voz por bando, anunciado de redoble de tambor, en las cuatro esquinas de la plaza, aquella misma tarde. Una banda de chinos “canijos y langarutos y enteleridos” corrió la voz por todos los rincones y el pueblo y la región toda parecieron entrar en trance de encantamiento. Los notables, uno por uno, visitaron de punta en blanco a la señora Lucrecia durante toda la semana, hincándose en su presencia, mientras le ofrecían toda la colaboración que necesitara. La nueva celebración sería el 16 de julio del año 1930.

Un propio llevó a los conventos de monjas de Tunja la solicitud de la tela para los escapularios y otros varios recorrieron los municipios vecinos con el resto de solicitudes. En La Paz empezaron a engordar 1930 marranos para el piquete. Ortega decidió programar visita de la Virgen de la “O” de manera que la Virgen del Carmen no estuviera solita. Boavita, La Uvita, Sativa Norte y Sativa Sur, Socha, conformaron delegaciones especiales que estarían presentes ese día. Nobsa regaló una cobija para que la virgen (o La Priosta) se arroparan si hacía mucho frío en el festejo. A España se encargó un mantel bordado en oro y plata que taparía el anda y a Bogotá la timbrada de esuelas conmemorativas, así como las invitaciones con la efigie resaltada de la Virgen, a cuatro tintas, para personalidades especiales: algún expresidente de la República de origen boyacense, el señor gobernador del departamento, el



señor Obispo, el doctor Rafael Perico y familia, el doctor Roberto Silva y familia, el prior de la comunidad Jesuita en Santa Rosa, etc. Corrales, Sogamoso y Monguí fabricarían 1930 canecadas de guarapo, en tanto Duitama, Paipa, Villa de Leiva y Cucaita enviarían 1930 medias de voladores cada uno.

¡Ténganse los cielos! Todo lo que alguien alcanzó a decir cuando se enteró de los preparativos fue “¡canastos!”. La Virgen misma empezó a lucir como asustada. Trajeron de Chiquinquirá un restaurador para que pincel en mano la

engalanara, y el comité respectivo de señoras locales, que no le iba a dejar a nadie semejante honor, no faltaba más, fue vistiéndola de a poquitos. A ella y al Niño, con tules, brocados, sedas, cetro, corona, escapularios y cuanto perendengue se les iba ocurriendo. Así, durante 10 meses. Así, sin descanso hasta que se llegó la fecha.

Las vísperas comenzaron tres días antes. Primero se llenaron de gente presurosa los caminos, después las calles y las plazas, y las casas del pueblo. De riguroso negro, alpargatas y sombrero nuevo, el campesinado fue descolgándose graneadito, graneadito, desde las laderas y los montes de ese y todos los municipios aledaños, hasta el atrio mismo donde la Priosta presentaría a La Patrona. Llegaron de Belén y Cerinza, de Sotaquirá, Firavitoba, Teta, Tutazá, Runta. De todas partes. Bien apertrechados de cuchuco, papas y fe, a ponerse el escapulario, echar voladores con guarapo, prepararse para la procesión y pedirle a la Priosta que intercediera por ellos ante la Virgen, pa' ver si también les mandaba un milagrito. También, claro, todos querían ver al



Fiesta Virgen del Carmen en Garagoa, Boyacá



Fiesta Virgen del Carmen en Villa de Leyva, Boyacá



Fiesta Virgen del Carmen en Sora, Boyacá

Huguito, “el milagrio”, pero este ya bien repuestico volvía a sus trincheras de mojicada y aislamiento -retrechero el condenillo- de forma que no hubo poder humano de sacarlo ni al balcón. La gente resolvió correr la voz de que se había vuelto invisible y así se quedó la cosa (hasta hoy).

Qué multitud. Qué momento. En solo la primera noche de voladores, la totazón fue tan feroz que la región amaneció con la novedad de que las quebradas se habían represado de cadáveres inflados de reses despeñadas por el pánico. El apiñuscamiento en la plaza, para la noche anterior al gran día, fue ya absoluto. No quedó espacio ni para doblar las rodillas, de manera que la masa humana, todos apoyados contra todos, durmió toda de pie, cada cual debajo de su ruana, cada cual con sus tufos, hasta que despuntó el día a las cinco pasaditas con alborada: otra tremenda cohetada y redoble enloquecido de campanas al viento. Para entonces había ya un marasmo pesado dominando todos los cuerpos y un obnubilamiento aturdidor en todas las mentes. Tocaba echarse un guarapo o una chichita y rezar al menos un rosario pa’ llegar con fuerzas a las nueve cuando por fin podrían ver a la Priosta iniciando los honores a la virgencita.

No todos arriscaban, claro, de manera que se dispuso un potrero pa’ ir entapetándolo con los cuerpos de los desmayados, que siempre fueron hartos, como 1930 hasta antecitos de las once, cuando doña Lucrecia con su esposo y sus hijos (todos excepto el que ya sabemos) apareció en el balcón de la casona, diagonal a la iglesia, agitando un pañuelo azul y blanco.



Fiesta Virgen del Carmen en Soatá, Boyacá



Fiesta Virgen del Carmen en Tipacoque, Boyacá



Fiesta Virgen del Carmen en La Cumbre,
Moniquira, Boyacá

Estaba dada la orden de iniciar el festejo. Envuelta en pañolón de seda negra finamente bordado, como protegida en la cúpula de su altísima dignidad, la Priosta pasó medio flotando por sobre el gentío al que entregaba escapularios a diestra y siniestra, hasta el atrio donde la banda municipal, locomotora desbocada, arrancó resoplando a todo pulmón el Himno Nacional, mientras el cielo se asfixiaba con el retumbar simultáneo de cientos de voladores lanzados desde los cuatro costados del pueblo. La virgen entonces apareció esplendorosa bajo el umbral de la entrada principal de la iglesia, emergiendo gradualmente de las tinieblas sobre nubes de algodón pegadas al mantel traído de España, flotando también como la Priosta a encontrarse con ella frente a la atónita mirada de los miles de rostros de corazón contrito, aliento contenido, fuerzas en el límite del desfallecimiento. Qué multitud, Señor ¡qué momento!

Así, por alameda flanqueada de niñas rosadas que arrojaban pétalos al viento, la Priosta flotando en escapularios, la virgen flotando en algodón, el párroco echando incienso y cantando en latín bajo un palio carmesí, la banda desbocada, las campanas en arrebató, los chinos guarichos reventando buscapiés, los notables de la región, sombrero al pecho, haciendo cara de arrepentidos en primera fila, las delegaciones con sus estandartes, el señor obispo, sombrilla en mano, elevado a hombres en silla improvisada bamboleante y el pueblo reverente rezando letanías en éxtasis absoluto de fe, se recorría primero la calle de arriba, luego la calle de abajo y luego la plaza, hasta llegar de



nuevo a la iglesia que terminaba tragándose todo, absolutamente todo, con la inmensa boca negra de su gran puerta, de manera que volvieran a reinar rutinarios, por otros doce meses , el abandono, la soledad, y el silencio.

Quién hubiera vivido para verlo.

Germán Ruíz Silva .

Julio 16 de 1999